

observado varios de estos rapaces cerca de Villafranca; y con facilidad se pueden estudiar sus usos y costumbres en el acuario de Nápoles. Collmann dice lo siguiente: «Uno de los pulpos del acuario había construido también un escondite entre las piedras colocadas en los compartimientos de agua; parecía un nido y su abertura estaba en la parte superior. Las piedras, que formaban un montón situado cerca de la ventana del depósito, tenían distinto tamaño, que variaba desde el de una manzana hasta el de un adoquín de quince centímetros de diagonal. En esta guarida el cuerpo del animal estaba casi siempre del todo oculto; solo la cabeza sobresalía, mientras los brazos se apoyaban como una corona de serpientes sobre la abertura. Este escondite parecía ser muy cómodo para el animal, pues solo una vez le vi abandonarlo, al separar una parte de las piedras. Entonces salió el pulpo furioso para reunir las de nuevo. Habíamos desmontado una parte de la guarida para ver como este molusco, blando y sin huesos, llevaba las pesadas piedras, algunas de las cuales, muy grandes, se colocaron en el centro del compartimiento vecino, á bastante distancia. Tan luego como nos hubimos alejado, el animal comenzó su obra: agarróse á cada piedra cual si quisiera devorarla y la estrechó de tal modo contra su boca que casi desapareció entre sus brazos; cuando el animal creía estar bastante firme soltaba un par de brazos, y, oprimiéndolos contra el suelo, impulsaba el cuerpo con su peso hácia atrás. Las piedras del tamaño de un puño se transportaron con rapidez y sin gran trabajo, las grandes, empero, exigían otro procedimiento. El animal las cogió por el ángulo mas estrecho, oprimiéndolas contra la abertura bucal; al mismo tiempo, el cuerpo se introdujo por debajo de la carga, para colocarla en la línea de equilibrio; levantóla despues balanceándola, y cuando por fin se estableció aquél, dos brazos se soltaron para empujar la masa informe del animal y la piedra.

»En verano, los individuos jóvenes se acercan también á las orillas cubiertas de guijarros, y á veces se les encuentra en el fondo cenagoso, donde se pescan por lo regular con la cuerda, pero sin anzuelo, atando en lugar de éste, cualquier cebo blanco con una piedrecita. El pescador tiene en cada mano una cuerda y la pasa lentamente por el agua menos profunda; apenas el pulpo divisa el cebo, precipitase sobre él y se deja conducir lentamente á la superficie, desde donde se le coge con una pequeña red para echarle en la lancha. Los pescadores que de noche pescan toda clase de animales á la luz de las antorchas, escena que antes he descrito, suelen coger individuos mas grandes. En Niza, donde los octópodos jóvenes se acercan en verano á la playa, cubierta de guijarros, pude observar también otro método de pesca. En la cuerda, provista de plomo, se fija un corcho que lleva varios anzuelos y está cubierto de un pedazo de paño rojo. La cuerda se lanza á la mayor distancia posible, atrayéndola despues poco á poco á la orilla. El octópodo se precipita sobre el cebo y por lo regular queda cogido siempre.

»Así los muchachos callejeros como las personas acomodadas se ocupan en las hermosas noches del estío en esta pesca. Atendido que cuando se les coge se conservan bastante tiempo ágiles y vivaces, intentando hábilmente la fuga, es preciso matarles en el acto. A los pequeños se les parte la cabeza, matando á los grandes de una cuchillada. Los hijuelos constituyen un alimento muy sabroso; la carne de los individuos viejos y grandes que pesan mas de una libra es dura y muy inferior á la de la sepia y del calamar. El mayor ejemplar que cerca de Niza cogió un pescador, no sin grandes esfuerzos, tenía tres metros de largo y pesaba cincuenta libras. Los individuos de treinta libras no son raros.

»Segun hemos dicho, los animales jóvenes son los que en particular se acercan á la costa, de modo que también que-

dan descubiertos entre las piedras durante la marea baja. Grube describe la pesca de los mismos cerca de San Malo; mientras que ayudado de uno de los marineros revolvía los pedazos de roca sin gran resultado, el otro vagaba por los alrededores en busca de pulpos. Yo mismo sorprendí uno de estos octópodos que estaba escondido, pero cuyos brazos sobresalían en parte del pedazo de roca. Mala fué su suerte, pues mi compañero, despues de arrancarle del suelo, donde intentaba asirse con toda su fuerza, le arrojó tres ó cuatro veces contra la roca hasta que apenas se movió; volviendo despues el saco de modo que las branquias quedaron visibles, se sacaron todos los intestinos, reuniendo por fin el individuo con los demás que se habían pescado. En tiempo de la marea baja un hombre coge á veces cuatro ó cinco de estos pulpos, mas parecen servir aquí solo de cebo para el anzuelo, y no para comer como en Italia.»

Fischer ha publicado observaciones muy interesantes acerca del género de vida del *octopus vulgaris* en el grande acuario de Arcachon, en la costa francesa. En el verano de 1867 había siete individuos en el acuario; y en las divisiones de los grandes depósitos de pescados abrióse para cada cual una vivienda en los pedazos de roca. Cuando uno abandonaba su escondite para examinar el agujero ocupado por otro, este último se irritaba en extremo, cambiaba de color é impedía la entrada con uno de los brazos del segundo par; pero nunca se trababa una lucha formal. El segundo par de brazos, el mas largo, se emplea sobre todo en el ataque ó la defensa, y con los dos primeros el animal examina y toca los objetos. De día los octópodos se mueven poco; pero á veces ejecutan una maniobra muy particular, sacudiendo con violencia y circularmente sus brazos, que entonces se enroscan y enlazan.

Los cambios de colores se presentaban al parecer temporalmente sin causa visible. Una vez vió el observador como en un octópodo adquirieron el cuerpo y la cabeza un color rojo pardo intenso, mientras que la otra mitad se mantenía gris.

Los cautivos, muy voraces, se alimentan de conchas, y todos los días se les ofrece cierto número de ellas de la especie *cardium edule*. Se apoderan de las mismas y las llevan á la boca, ocultándolas con los brazos y la piel. Despues de un tiempo indeterminado, pero, cuando mas tarde, al cabo de una hora, volvian á echar las cáscaras abiertas y vacías, pero del todo ilesas. Como la concha arriba citada no se cierra del todo, era posible chupar poco á poco su contenido. Para cerciorarse del hecho Fischer ofreció á los octópodos otra concha, un grande *pectunculus* que se cierra con mucha fuerza y herméticamente: los octópodos hacían lo mismo que con los cardios, y al cabo de tres cuartos de hora también los peccúculos estaban vacíos y las cáscaras intactas. Como de este modo nada se podía lograr, se ofreció á los octópodos su alimento favorito, es decir, cangrejos: tan luego como el octópodo vió al crustáceo (*carcinus marenas*) aproximarse á su guarida se precipitó sobre él cubriéndole del todo con la membrana y brazos. Estos envolvían la víctima de tal manera, que no podía defenderse; durante un minuto el infeliz cangrejo intentó mover las patas, pero despues permaneció tranquilo y el octópodo se lo llevó á su escondite. Entonces vióse, á través de la piel de la membrana, que el cangrejo tomaba diferentes posiciones; al cabo de una hora la comida terminó; la coraza dorsal estaba vacía y separada de los intestinos reunidos con el cefalotórax; todas las patas habían sido rotas en su base; los músculos de las patas y una parte de los intestinos no se veían ya, pero ninguna parte del esqueleto membranoso presentaba lesión. Tampoco entonces se pudo comprender cómo el octópodo mata su presa. Despues de la comida arroja los restos delante de su vivienda, y cu-

bre con ellos parte de la entrada, atrayéndolos con los discos chupadores. Todos los ojos sobresalen de este parapeto, acechando nueva presa.

La violencia y rapidez con que los octópodos cogen sus víctimas y las oprimen contra su tronco, el cambio de los colores durante el ataque, y las verrugas que se presentan en la piel prestan á estos animales un aspecto verdaderamente salvaje. Sin embargo, cuando están satisfechos dejan que los cangrejos se paseen cerca, y hasta los tocan; estos, por el contrario, temen evidentemente, perdiendo su acostumbrado atrevimiento; parece que se han abandonado á su suerte, cual si estuvieran bajo aquella influencia mágica que domina á los animales pequeños cuando se ven amenazados de sus enemigos. Collmann nos ha dado una descripción muy interesante del octópodo comun, ó pulgo, por los ejemplares que existen en el acuario de Dohrn: «Mucho deseaba, dice, conocer la naturaleza de estos animales. Hay, en efecto (segun las tradiciones del *Karken*), algo de salvaje, atrevido y rapaz en su carácter. ¿Tienen efectivamente algo de la naturaleza del tigre, ó sucede precisamente lo contrario? Confieso que me inclinaba á suponer lo último, pues el cuerpo blando, sobre todo de los animales sin vida, confirmaron mi escepticismo. El pulpo recién muerto que, echado en un cesto ó en tierra, se ofrece á los compradores, no produce ni el mas mínimo efecto. El cuerpo es liso y los brazos están entrelazados en suaves circunvoluciones; no tienen en apariencia nada de peligroso; pero por la observacion de los animales vivos mi menosprecio se ha convertido en opuesto sentimiento. Y en efecto, los pulpos son quizás los animales mas valerosos y pendencieros que respiran en el agua; atrevidos y rápidos en el ataque, y de una variedad sorprendente en los movimientos, tienen una fuerza enorme en los blandos brazos sin huesos.

»Referiré uno de los hechos que he observado delante de los compartimientos de agua del acuario. De otro depósito se había puesto un grande cabrajo en el de los pulpos; se le envió por decirlo así al destierro. Antes había vivido en el depósito mas grande del acuario, pero á causa de haber muerto á uno de sus semejantes se había captado la antipatía del guardian, que lo expulsó de allí por precision. En aquel depósito grande había, además de tiburones y rayas eléctricas, cuatro magníficos ejemplares de tortugas marinas, muy aficionadas á las ostras y los cabrajos; la una, del tamaño de un plato, parecía tener apetito para comerse aquel cabrajo y quizás no había apreciado bastante las armas del crustáceo. Este cogió la cabeza de la tortuga con su tenaza, aplastándola en la verdadera acepción de la palabra. Todo el mundo sabe cuanta es la dureza del cráneo de estos animales, y puede formarse por esto idea de la enorme fuerza de la tenaza del cabrajo. Es cierto que el cabrajo era un ejemplar colosal, pero á pesar de esto, la manera de defenderse demuestra una respetable actividad en sus tenazas.

»Ahora bien, este cabrajo fué puesto en el depósito de los pulpos que observaron con la mayor atención al intruso, rodeándole en anchos círculos. En esta ocasion todo el comportamiento de estos animales demostraba algo de provocativo. Cautelosamente, cual si quisieran acercarse á hurtadillas á un enemigo, se dirigieron hácia el cangrejo, sacudiendo los brazos por encima de él como látigos, aunque se retiraban lentamente cuando les enseñaba su coraza tan dura como el hueso, ó las poderosas tenazas.

»Poco á poco se calmó su excitacion, pero uno de los pulpos hizo esfuerzos para acercarse mas y mas; por fin pareció que también él había cambiado de parecer y permaneció del todo indiferente. El cabrajo se retiró un poco, abandonándose al descanso, por su desgracia demasiado pronto, pues, un mo-

mento despues, el pulpo ya le tenía cogido, envuelto entre sus brazos y estrechado dejándole del todo indefenso. En este momento acudió el guardian, cogió los animales, enlazados como serpientes furiosas, y libró al cabrajo.

»El guardian, un napolitano de pura raza, supuso, con la mayor seguridad, y haciendo esos expresivos ademanes que caracterizan al italiano del sur, que el pulpo sin duda habría desgarrado al cabrajo si él no le hubiera salvado. Yo, sin embargo, tenía mis preocupaciones sobre estos pulpos, de masa blanda y gelatinosa: ni siquiera me parecían peligrosos. A pesar de las tradiciones sobre el carácter peligroso de estos animales, y á pesar de la lucha que acabó de desarrollarse ante mi vista, permanecí indeciso, aunque el guardian me refirió las cosas mas horrosas. Para observar el curso del suceso volví á menudo al depósito. Al cabo de una hora me pareció que la inclinación á la lucha se despertaba de nuevo en uno de los pulpos, y en efecto, poco despues se verificó un nuevo ataque. Desgraciadamente no pude averiguar si era el mismo de antes; casualmente estaba solo en el acuario y me guardé bien de mezclarme en el combate; lo que á mi me interesaba era el modo de luchar y el éxito de la refriega, siéndome del todo indiferente cual de los dos extraños gladiadores sucumbiría. Del mismo modo que la última vez, vi como los brazos del pulpo rodeaban en circunvoluciones convulsivas al cabrajo; allí se soltaba uno para ayudar en otro punto á los otros. La masa total parecía compuesta del cefalópodo, pues del cabrajo solo se veían pequeñas partes. Los combatientes nadaban por el fondo revolviendo la arena; pero de repente se abrió el bulto y el pulpo cruzó rápidamente á través del agua arrastrando, aunque no victorioso, al cangrejo en pos de sí. El crustáceo había cogido un brazo del pulpo en la base cerca de la cabeza, oprimiendo sus tenazas de tal modo que temí una amputación instantánea. Pero con gran sorpresa mia, la sustancia del pié, fuerte y parecida en elasticidad al caucho, soporta la terrible presión. En el entretanto el pulpo atormentado de dolores cruzaba el agua en todas direcciones con intencion de desembarazarse de su adversario. El cabrajo fué lanzado varias veces contra las piedras que componen las paredes del depósito, y esto le obligó por fin á abrir su tenaza. Despues, ambos se retiraron á diferentes rincones del depósito. El crustáceo permaneció como tranquilo observador en un rincón oscuro, mientras que el pulpo se agarró á una de las prominencias pedregosas, comenzando incansante juego con sus brazos que, ya se enroscaban, ó extendían lentamente examinando ora este ora otro punto de sus contornos.

»Aun el brazo oprimido que había sido cogido con la tenaza se movía con gran sorpresa mia. Yo esperaba, en analogía con la naturaleza de un vertebrado, una parálisis completa; pero no observé ningun vestigio de ella. Estos organismos tienen cualidades muy particulares en sus vasos de sangre que á los animales mas desarrollados faltan del todo en tal grado. Cada parte del sistema vascular es contráctil, de modo que sin corazón también se puede verificar la circulación de los jugos. Esta naturaleza explica fácilmente que al cabo de pocos días haya desaparecido toda huella de la lucha.

»La manera que tuvo el pulpo de comenzar la lucha y la actividad con que maniobró, aunque sin resultado favorable, había modificado un poco mi menosprecio. No pude menos de reconocer el valor del animal, y además que la rapidez de los movimientos había sido muy notable. Mientras tanto continuaba la guerra contra el intruso; el guardian había separado varias veces en los días siguientes á los dos adversarios, pues luchaba un solo pulpo, mientras que los otros permanecían del todo pasivos; pero una vez solo se logró la separacion, despues de que el cabrajo hubo perdido una de sus tenazas.



»Para poner coto á la continua persecucion, el cabrajo fué conducido al depósito inmediato, separado de los dos anteriores; pero que se comunicaban por una ancha puerta y una sólida pared de cemento que sobresalía unos dos centímetros de la superficie del agua. La esperanza de proteger aquí al crustáceo contra los pendencieros pulpos fué inútil; en el mismo día, uno de ellos escaló la pared, atacó al cabrajo, que nada temía, y, despues de un corto combate, le partió completamente por medio. El cefalópodo había logrado la sorpresa, y en menos de cuarenta segundos, el victorioso había comenzado y concluido la lucha, empezando á devorar á su enemigo.

»Este proceder del pulpo me era en alto grado interesante: al fin de la lucha demostró una actividad del cerebro muy superior al instinto, revelando inteligencia. El pulpo había visto quizás que el cabrajo era conducido por el guardián al depósito vecino, ú olfateó por medio del agua corriente la presa. Sin decidir cuál de estas dos suposiciones es la mas exacta, podemos afirmar que el pulpo reconoce por cualquiera impresion de sus sentidos la aproximacion de una presa que no divisa, y da por fin un salto en el aire en aquella direccion. Precipitarse sobre una presa visible seria un acto del instinto; pero hacerlo contra un enemigo que no se halla á su alcance, y con las circunstancias arriba citadas, es sin duda inteligencia mas bien que instinto.

»Para apreciar bien este fenómeno debemos tomar en consideracion, sin embargo, lo siguiente: desde que se instaló el acuario, los pulpos vivian juntos con dos cabrajos en muy buena armonía, así como con algunos pequeños peces que desde el primer día fueron sus compañeros. El tercer cabrajo les causó, sin duda, una impresion diferente; parecióles un intruso; y todo competidor nuevo que les quiere disputar el aire y el espacio excita su ira y su odio.

»Durante mi estancia se quisieron poblar los dos depósitos con otros varios pulpos de la misma especie, pero el experimento fracasó del todo: todos fueron muertos y devorados por los antiguos, que en cada lucha quedaron victoriosos, aun con adversarios mas fuertes. El intruso es siempre inferior y siempre se halla en una situacion menos favorable que los primeros habitantes, que como señores del campo de batalla son valerosos y audaces por los resultados obtenidos en combates anteriores, conociendo además el terreno. El recién llegado se encuentra solo en un territorio extranjero, frente á muchos agresores, cuya manera de combatir no conoce. Naturalmente estas condiciones le infunden temor, por lo cual piensa mas en la fuga que en la defensa, y de aquí el desgraciado fin de la lucha. Los pulpos odian á todo sér que con ellos quiera habitar el mismo espacio; no es el hambre la que les impulsa, pues se les alimenta con abundancia; es solo el odio que en todas partes se acrecienta en la lucha por la existencia. Sin embargo, la aversion y la tendencia á matar no son los rasgos fundamentales de su carácter, segun lo demuestran de un modo suficiente en otras cosas. Conocen á su guardián y le distinguen tambien de otras personas, manifestándole cariño; rodean con suaves y afectuosas circunvoluciones su mano ó el brazo desnudo, é intentan coger lentamente la golosina con la que durante un rato les provoca».

Como Collmann ha observado tambien el juego de los colores y el comportamiento para con los compañeros de cautividad mas minuciosamente que Fischer, reproducimos tambien esta interesante parte de su descripcion. «El animal tiene la facultad de cambiar su color, desde el gris mas claro, hasta el pardo mas oscuro; el color se cambia en esta ocasion rápidamente ó se fija en un tono determinado; puede presentarse ya solo en el tronco, ya en los brazos; en una palabra, el pulpo parece árbitro absoluto de su colorido. En

los ataques arriba citados contra el cabrajo, toda su piel era oscura, sobre todo, durante la lucha. Cuando se acerca á hurtadillas á su enemigo, cuando quiere arrebatar al guardián un cangrejo, ó bien cuando entre sí se persiguen retizando, toda la influencia que ejerce sobre el color se hace visible. Este cambio de colores es sin duda para los animales excelente arma para engañar al enemigo. Cuando los pulpos permanecen entre piedras grises adoptan el color gris; es sin embargo difícil decir si lo hacen voluntariamente ó á consecuencia de reflejos en los nervios; entonces el animal, con los brazos recogidos y el dorso encorvado, parece talmente una piedra.

»El cambio de colores es al mismo tiempo un excelente medio para auxiliar la mimica de estos animales. Los pulpos son quizás los animales mas vivos del mar; están siempre en movimiento (1) y son mucho mas vivos que los calamares. En la transparencia de la piel y en la desnudez de todo el cuerpo es fácil seguir los estados de excitacion en que se halla este animal, y pronto se reconocerá que tiene una mimica muy expresiva, y que pueden manifestar muchas impresiones. Para tales observaciones era propio, sobre todo, el pulpo citado, que en su guarida de piedra estaba continuamente cerca de la ventana. Cuando se acercaba alguno de sus hermanos, dejaba ver, segun la distancia, una expresion muy marcada de enojo.

»Primero levantaba la extremidad de algunos brazos en direccion al sitio por donde llegaba la visita, y extendiale lentamente, pero con vigor. Mas brusca era la amenaza cuando un par de brazos se lanzaban hácia afuera como un látigo; entonces el animal levantábase al mismo tiempo un poco en la profundidad de su guarida, cual si se preparase á la defensa; oscurecianse algunas partes de su cuerpo, y le recorrian sombras pardas, desapareciendo con la misma rapidéz con que se presentaban. Si estas señales de enojo no ahuyentaban á los impertinentes compañeros, ó cuando un espectador tocaba con la mano el cristal, como yo lo hacia con frecuencia, entonces el cuerpo se levantaba á mayor altura; las prominencias que rodean los ojos dilatábanse; el color se oscurecia; un par de brazos se levantaba, mientras que los otros, desligándose sobre las piedras, fijaban sus discos chupadores, tan pronto en un sitio como en otro, para levantarlos poco despues con violencia. Tales ademanes amenazadores iban acompañados siempre de ronquidos, y el agua entraba en mayor cantidad en el manto; este se dilataba, y la actitud era cada vez mas amenazadora, contribuyendo á ello, no poco, el violento surtidor de agua que salia del embudo como de una bomba.»

Entre las otras especies del género *octopus* haremos mencion del pulpo de brazos largos (*octopus macroopus*), que se distingue por este carácter. El cuerpo alcanza un longitud de 0,075, mientras que el primer par de brazos mide hasta un metro. Por su género de vida en libertad y por su proceder en cautividad difiere de su congénere anterior. Vive en las cavidades de las rocas situadas á mas profundidad, y sólo en el fondo cenagoso. En una vasija grande llena de agua de mar vive varios dias sin alimento y sin hacer ninguna tentativa de fuga. Una de las especies mas bonitas, pero muy raras, es el *octopus catenulatus* que se distingue por tener unos rebordes membranosos en la cara abdominal, los cuales se cruzan en forma de red. Solo algunas veces se le ha sacado de muy grandes profundidades agarrado á peces que se habian cogido con el anzuelo.

(1) Esto no debe entenderse por un continuo vagar. Permanecen al contrario horas y dias enteros en un mismo sitio, pero observan con gran atencion todo lo que pasa á su alrededor y ejecutan ligeros movimientos con los brazos, como los hace el gato con la cola. (Nota del Autor.)

El género *eledone* difiere del *octopus* principalmente por la circunstancia de que sus brazos tienen una serie de discos chupadores. La especie mas comun es el *eledone* de almizcle, (*eledone moschata*). Su cuerpo es en extremo variable, pues unas veces afecta la forma de bolsa prolongada ó de huevo, ó bien es redondeado y puntiagudo, liso ó verrugoso, segun el antojo del animal. Característico es tambien el gran tamaño de la abertura del manto que llega hasta el dorso. Los pequeños ojos salientes pueden cubrirse del todo con los párpados y tienen un iris muy variado. El color predominante, que es gris, presenta unos tintes sonrosados ó rojizos. Unas manchas negruzcas simétricas y un borde azulado de la membrana que se extiende entre los brazos son otros

caractéres de la especie, la cual debe su nombre á cierto olor de almizcle bastante marcado.

Parece que solo se encuentra en el Mediterráneo, pero aquí es muy comun en todas las costas. Por lo regular vive en un fondo cenagoso de 10 á 100 metros de profundidad, se encuentra tambien entre la arena y los guijarros en todas las estaciones, pero mas raras veces en rocas. Como no es posible estudiarla en libertad, es preciso limitarse á la observacion de los individuos cautivos, que pueden obtenerse muy fácilmente, porque se pescan en gran número con la red. En el estado de descanso se agarra con ayuda de los discos en el suelo, y toma con la cabeza y el tronco poco mas ó menos la posicion que tambien gusta al *octopus vulgaris*; entonces

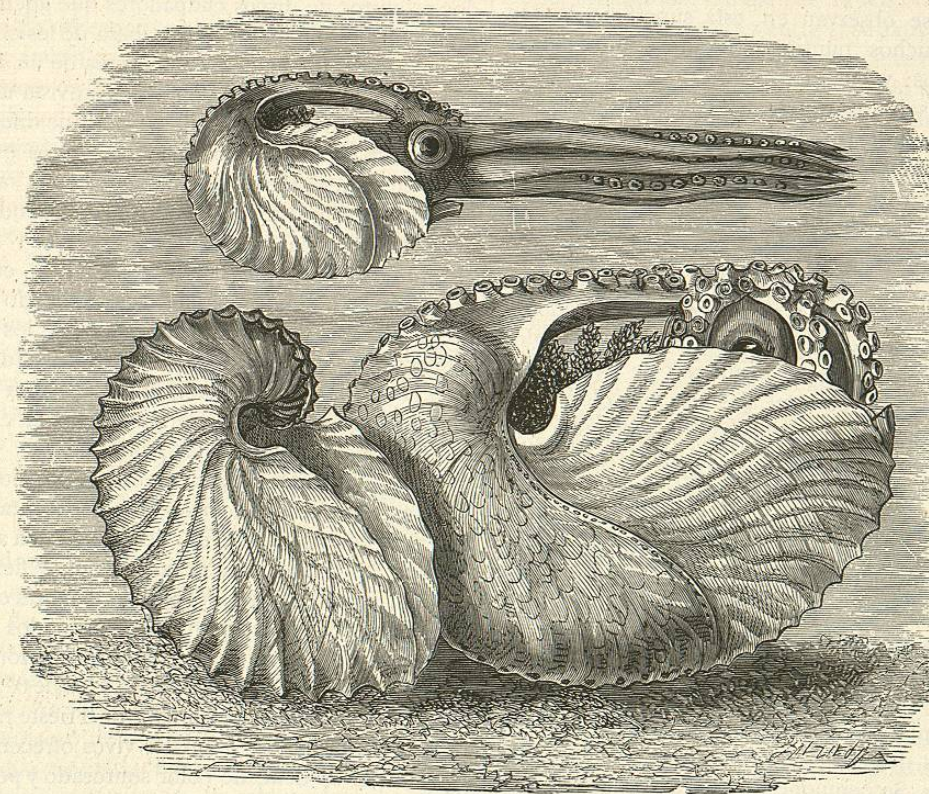


Fig. 218.—EL ARGONAUTA ARGOS

las extremidades de los brazos son libres y la abertura del embudo se prolonga lateralmente. En esta posicion el animal pasa las tres cuartas partes de su vida, y se puede admirar la asombrosa rapidez con que cambia los colores. A la mas mínima molestia un color oscuro recorre con la rapidez del rayo todo el cuerpo, desapareciendo sin dejar una huella. Verany cree haber visto alternar con este estado una especie de somnolencia. La posicion es la misma, pero las extremidades de los brazos están mas recogidas hácia el cuerpo, la pupila se contrae, y la respiracion, la entrada y salida del agua se verifican mas lentamente. El color regular es un gris amarillo ó gris pardo, pero siempre faltan las manchas castañas; el oído y la vista permanecen insensibles y el observador puede acercarse al depósito, gritar y hacer ruido sin que el animal despierte. Pero al mas pequeño golpe contra el brazo, por ligeramente que se le toque, el animal despierta al momento, y en todo su sér se verifica un cambio notable. El *eledone* endereza rápidamente el cuerpo, casi verticalmente por encima de la cabeza, y le hincha un poco dándole una forma puntiaguda; toda la superficie de la piel toma un color amarillento, las simétricas manchas negruzcas se presentan, y en todas partes se elevan verrugas cónicas. El iris

se contrae y adquiere un color amarillo de azufre intenso; sale el agua con violencia del embudo, y la respiracion se hace mas irregular. De tiempo en tiempo se recoge una cantidad de agua en el manto que despues sale como un surtidor de dos á tres metros de distancia fuera del depósito, por mas que ha de pasar por una capa de agua de 30 centímetros. Tambien al ofrecer Verany al *eledone* un cangrejo vivo, le vió tomar una posicion que revelaba excitacion; se cubrió de protuberancias, dando á la piel el color del vaso en que se hallaba, probablemente para no causar sospecha al animal á quien queria engañar y atacar.

A veces, sobre todo de noche, el *eledone* se escapa de su depósito, ya porque el agua no basta para la respiracion, ya porque el animal busca la libertad. Se conserva entonces varias horas en tierra firme; tambien soporta un ayuno de diez dias.

A pesar del olor muy sensible de almizcle, el *eledone* se lleva en gran número á los mercados. Su carne no es tan dura como la de las especies de *octopus* del mismo tamaño, pero es menos sabrosa. Por lo demás solo se presenta en la mesa de las clases pobres.

Una tercera forma, célebre ya en la antigüedad, y muchas